

Sea el portento de luz llegando hasta vosotros, sea la luz de mi Señor penetrando hasta los rincones más inhóspitos, sea así, por voluntad de mi Señor y Dios nuestro, que en esta alba bendita se acerca hacia vosotros para deciros, para entregaros en el portento de amor que conocéis, cuánta ternura es capaz de prodigaros y cuánta amargura existe en el corazón que se niega a recibirle, a valorar de esas palabras que como perlas valiosísimas, son pugnando por derramarse en sus audífonos, por tener la dicha de ser tanto apreciadas, como significativamente aplicadas a su alrededor, pero existe tanta reacidad en esos corazones, que haciendo uso ciertamente de su libre albedrío, del derecho que mi propio Padre les ha concedido, no se dignan sino a elegir o rechazar cuanto conviene o no a su pretendida sabiduría o conocimiento de su vida material, porque la espiritual se ve limitada así por los condicionantes de la carne que representa, mas os digo que alba llegará, en que toda esa soberbia caerá como esas murallas de Jericó y ábranse de escuchar las palabras de Dios mismo, como corresponde a su bendita gracia y el respeto debido habrá de guardarse y prevalecer sobre todo lo mundano, que ahora os hace permanecer indiferentes a esa siembra bendita que vosotros pretendéis hacer; por ello, no os preocupéis si lo vuestro se confunde con el llamado Canto de las Sirenas, porque es la confusión propia de aquel, que tan obnubilado se halla, que no puede distinguir un camino de otro, porque acaso le deslumbra tanto esa luz, que no acierta sino a dirigir sus pasos hacia la penumbra. TOBÍAS

Como ave majestuosa despliega sus alas el espíritu y se dispone a emprender el vuelo, ese vuestro vuelo que, inmerso como está en la grandiosidad del Padre, lo llevará hasta sus plantas y podrá gozar ahí, por unos instantes, de esa grandiosidad extrema, de esa ventura inenarrable que sólo puede conceptuarse como la máxima presea del espíritu, su mayor anhelo fundado en la esperanza de poder purificarse así, llevando lo que es menester para lograr de esa paz, de ese sosiego a que se hace acreedor, una vez que ha podido cruzar ese pantano de iniquidad sin manchar sus calzas, una vez que ha encontrado, en ese mar de vicisitudes por donde ha tenido que sentirse naufragar, ese madero bendito al que asido sabe que representa la esperanza, la única que de cierto y en verdad le llevará a buen puerto, la máxima presea a que pueda aspirar un espíritu adelantado ya en evolución y que presiente cerca el fin de ese camino largo fatigoso, por donde se ha tenido que transitar disciplinadamente, sin reparos, en cumplimiento de aquello a lo que se ha comprometido y que a pesar de las dificultades que ello conlleva no desmaya jamás, porque sólo hace pausas en el camino para retomar fuerzas, para redundar más en ese empeño de lo que se ha propuesto, de lo ha anhelado y que representa la meta inamovible, la cierta y única esperanza de salvación para él y los suyos, para sus propios hermanos y por ello sube, asciende más y más en esa cuesta que le llevará a la cima, desde donde podrá contemplar el paisaje esplendoroso de lo ha sido la creación de mi Padre, el pasaje de los tiempos transcurridos, el brillar de las estrellas, en la plácida imagen de un cielo límpido y desde el cual verá de nuevo iluminar como un faro de esperanza, la bendición eterna para la humanidad. Todo ello, mis hermanos, imaginad si vale la pena, a cambio sólo de aceptar santamente cuanto lleváis ahora, a cambio únicamente de acatar esos principios trazados por mi Padre y que no debéis eludir bajo ningún concepto, a cambio únicamente, de brindar de ese amor con que fuisteis provistos, a vuestro semejante y hermano, para conjuntaros así en un solo lazo, en un eterno y fuerte haz de entrega continúa, a ese vuestro Dios. TRISTÁN.